

OLONIA: GRISES

*Ibamos a encontrarnos en el puente
para hablar de nosotros*

Konstanty Ildefons Galczynski

Ese día no estabas tú. Cuando tú no estás, las imágenes son de este color y pasan a esta dimensión. Hago el intento de buscarte en la tierra porosa que aroma la lluvia al caer. Encuentro las huellas de tu ausencia. A lo lejos, un hombre, bajo una luz intensa, abre la puerta de su casa. Junto a él, hay un cartel del Berliner Ensembler, y Coriolano es en el Teatr Narodowe inminente estreno. Hoy se inicia, tal vez, la muestra internacional de cine en Varsovia, el festival de teatro en Lublin, y —¿quién lo duda?— el congreso de físicos al que asistió nuestra amiga aquel día, mientras tú y yo tomábamos té en el bar de la calle Rutkowskiego, frente a frente, sin hablarnos.

La flecha que han dibujado al fondo, sobre el muro, indica, quizás, el fin de la calle por la que nos extraviámos ayer, durante la ventisca. Una bufanda cubre tu cuello y baja suavemente hasta la cadera, rozando apenas la gran bolsa de cuero y el abrigo que abotonas contra viento y nieve. Hace frío. Tu piel parece confortada, segura, tibia. El cigarro cuelga de tu labio inferior, suspendido en la textura de esa vibración, armonizando luz y sombras en tu cara, sedando la firmeza de un acto perentorio lanzado a un mundo que se marcha sin ti, dejándote en lo blanco como a una cosa sólida, compacta, ajena.

Tu mano izquierda, sin proponérselo, densa el instante en que coordinas un impulso hacia alguna parte aislada de tu memoria y que es, bajo esta impresión, el espacio que dejas al desplazarte hacia el lugar que existe porque es este leve connatural apremio de tu boca humedeciendo el papel. En tu muñeca, concretas el metal de una pulsera nacarada y retienes para siempre el calor del momento que viviste ciega, cumpliendo fielmente la promesa.

Hace frío. En el lente de esta cámara, a veces, hace frío. Un hombre quedó prisionero del cristal. Los brazos son dos manchas blancas unidas a un tronco que no puede avanzar. Ya no tiene rostro. Al borde del hallazgo



reposa y lucha. ¿Te mira? ¿Quién mira a quién? Eres anhelo, cadencia, luz, ritmo. Amas. Me detuve a escuchar tu queja, y es verdad: si hay huellas de vida en otro rostro son las de este lento movimiento.

La superficie de una línea, a veces, suele ser un puerto. Bajo tus pies, que se abarritantan al separarse, está la noche del desembarco en un lugar anónimo, los vaivenes de la brisa, sus rumores, la evocación de algo extraño con que uno se tropieza, a veces, cuando duerme pero ¡ay! , ¿qué estruja tu mano en el bolsillo?

¿fragmentos de qué escondes en el puño?

Y todavía es posible que el hombre cruce el umbral y diga: es hora de nombrar la cima, playa o día en donde los sueños moran.